

AMANDA LABARCA

DIALOGO CON UN AMIGO
DIFUNTO

(En memoria de Carlos R. Mondaca)

EN DIAS pasados, el azar me llevó a la puerta de aquella quinta que tú apodaste "Tívoli". ¿Recuerdas? Era nada más que una casona hospitalaria y amplia. En el primer patio crecía un jardín un poco descuidado. El dulce jazmín de España se adosaba a uno de los pilares del corredor y en el centro, en cuadros marcados por molduras de boj, retozaban los claveles, los heliotropos y los laureles de flor.

Tus remembranzas de seminarista estaban entonces muy vivas en ti (creo que a pesar de los años que siguieron, siempre las tuviste cerca) y tus lecturas latinas te movieron a recordar en aquella ocasión, al poeta Horacio y sus amigos reunidos en los aledaños de la antigua Roma.

Acababa de nacer tu hijo y tú quisiste en aquel verano tenerlo cerca de la montaña y lejos del tráfago de la bulliciosa ciudad. Tu mujer —hasta hoy mi gran amiga Isabella— y tu suegra me tomaron bajo su cariñosa protección y me invitaron a acompañarles en ese veraneo, mientras Guillermo cumplía amistosos compromisos en el Sur. Fue entonces —al convivir estrechamente contigo y los tuyos— cuando aprendí a conocerte y estimarte como poeta y como ente humano.

Vivías entonces embelesado con tu hijo. Era más que cariño lo que le ofrecías. Era una reverencia, un respeto entrañable. Te inclinabas ante él como ante un milagro divino. Pequeñito, apenas un envoltorio de pañales y mantillas, representaba para ti el porvenir siempre ignoto y siempre grávido de infinitas esperanzas. Adorabas en él al Dios Creador.

Todo el grupo: tu mujer, tú, Guillermo y yo vivíamos encandilados de poesía y del fogoso ardor de los veinte años. Alternábamos las excursiones a la montaña —excursiones a las que rara vez nos

acompañaba tu cuerpo sedentario— con la lectura de nuestros autores favoritos. Para ti eran los postparnasianos, los franceses malditos, Verlaine y Beaudelaire o los otros de tonos otoñales, de musicalidad en tono menor: Mallarmé o Samain. Releíamos sus estrofas y más de alguna aprendíamos de memoria, a veces en francés, a veces en castellano:

*“...He de hacerte una hornacina,
de azul y oro esmaltada,
en donde tú te levantes,
¡oh santa maravillada!”¹.*

Solía llegar a visitaros tu gran amigo, el poeta Max Jara, que traía consigo el hálito de la ciudad y las preocupaciones de una vida bohemia que en Tívoli aparecían un poco heréticas.

Conversábamos también sobre tus primeros años, allá en el Norte, en el valle de Elqui y en el Seminario de La Serena. Tu madre te soñaba sacerdote y desde temprano su amor te llevó por la senda del misticismo y la gratitud hacia el incienso ritual. Te creíste llamado al divino servicio hasta que apuntaron tus diecisiete años.

—Yo sentía, me contabas, en las noches claras de luna del Seminario, yo sentía el efluvio de las rosas, las madre selvas, los floripondios de los jardines cercanos. Los aspiraba con una voluptuosidad embriagante; me hablaban de la mujer, del amor, de la pasión y yo comprendí con dolor, con angustia de réprobo, con desesperación que yo no podía renunciar a su llamado.

Siempre creí que fue una de las horas más amargas de tu juventud aquella en que a pesar del inmenso cariño que sentías por tu madre, a pesar de tu inclinación piadosa, a pesar de tu afán de no herir jamás a nadie, hubiste de rebelarte. Cuando lo contabas, yo creía aún sentir el crujir de tus huesos.

Dejaste el Seminario y viniste a estudiar a Santiago. No frecuentaste después las iglesias, pero siempre te vi en comunión íntima con el Dios de tu infancia. Y estimabas tu vocación de poeta como si fuera un sacerdocio.

Habías encontrado en Isabella tu espejo de hermosura, tu fuente de amor, la torre de tu amparo. Te complacías en hacerla sentir tu reverencia, pero tu picardía, tu rabito irónico se te veía de cuando en cuando y comprendíamos los que estábamos cerca de ambos que tú —amándola con pasión sin par— tratabas de conservar tu huerto interior, querías afirmar tu voluntad como lo habías querido con

¹Guillermo Labarca Hubertson.

tu madre y ahora con tu esposa. Eras apacible, suave, asequible, dulce, pero no renunciabas a tu yo. No lo ostentabas; la prepotencia era para ti algo completamente ajeno a tu sentir. Pero a la postre, callada y mansamente seguías tu propio camino.

Nunca tuviste una recia estampa. Tu salud era endeble y había que vigilarla. Felizmente para eso estaba Isabella que te abrazaba como esposa y te cuidaba como madre.

Escribías como quien oficia un sagrado rito. Te empeñabas en alcanzar lo perfecto; escribías un borrador y otro y otro hasta sentir con delectación que habías hallado el ritmo secreto más evocador, más significativo, más bello. No, no querías que te traicionara la facilidad de palabra. Eras un artífice y nada de lo vulgar podía empañar el limpio caudal de tus poemas.

Tu alma desconocía la envidia, de suerte que podías gozar con las obras de los demás como si fueran propias. Escuchábamos así a Max Jara, a Ernesto Guzmán, a Carlos Pezoa Véliz y pasábamos tardes enteras deleitándonos con la lectura de los maestros como Darío, con los jóvenes como Marquina, Villaespesa, Juan Ramón, toda la pléyade del 98 que nosotros ya conocíamos y admirábamos.

De cuando en cuando releo tus poemas. Y los gusto con deleite y nostalgia, porque cada uno tiene para mí un significado plural: el de cualquier lector ávido de poesía y de quien descubre tras de cada verso la imagen de un tiempo ido, de una hora extasiada o sufriente que vertieron su tumultuoso caudal en la voz de tus estrofas. Con ellas jalonaste tu vida.

Son en verdad los hitos de tu trayectoria. Tus libros primeros hablan del desgarramiento del muchacho provinciano, tibio aún del hálito de su madre, arrojado a la ciudad hostil y perversa. "Un huerto sin fin de infectas flores"² la llamaste.

"Desde lejos la vi como si ardiera / la Gran Ciudad en una inmensa hoguera. / Y oí tronar entre el incendio un canto, / que estremeció mi corazón de espanto, / que agudo y loco, en espantoso grito, / llenaba con sus ansias lo infinito..."³.

Y después, sobre el mismo leit-motiv:

"Por aquí va la humana caravana, / perdida en una noche sin mañana. / Por aquí sin estrella y sobre el lodo, / vamos todos llorando el largo éxodo, / con sed de azul, con hambre de infinito, / en este foso lóbrego y maldito"⁴.

²Pág. 37. "El Suburbio". Todas las citas están referidas a la edición de 1931.

³Pág. 17. "La ciudad de la lujuria".

⁴Pág. 34. "El centro".

De este yermo te salva el amor, el amor pleno, el amor encendido de ternuras y de ansias de eternidad. Los versos que dedicaste a tu amada representan a la vez el ápice glorioso de tu existencia y la nota más alta de tu lirismo.

"Fuente de embriagueces, / tu boca, / ¡oh amada! / cuando tú me beses, / sentirá la roca / que le nacen flores... Temblará la nada, / cuando en una llama tu boca y mi boca / se fundan. ¡Amada! / ¡Vivir lo infinito! / ¡Ser nada y ser todo! / Sentir en el fondo de la entraña el grito / de la especie entera de lodo!... ¡Vivir lo infinito! ... ¡Ser nada y ser todo!"⁵

Transcurre el tiempo; tu promogénito y después tu hija Virginia te llenan el corazón de trinos que derramas en tu "Oración" y tu "Dedicatoria". Y pronto ¡ay, demasiado pronto!, el grande, el terrible, el trágico zarpazo de la muerte: tu madre.

"Te adoré viva; muerte te venero / y si aún he de vivir, de ti lo espero..."⁶

Pese al tiempo transcurrido, pese a la diversa sensibilidad poética de nuestra generación y la actual, tus versos no han perdido su encanto, su conmovedor acento, su centelleo de hermosura fina y perenne. Ejemplo de todo ello es la "Elegía" a tu madre, que será siempre una pieza maestra de nuestra literatura. Fluyó por el curso de tu herida, tu personalidad entera sufriente, angustiada y metafísicamente solitaria.

Me inmerso en tus poemas como en aguas cristalinas, tan puras y tan leves que parecerían inmateriales, si no permitieran ver en su cauce profundo, las piedras, el lodo y el cardumen de seres que en ella se agitan. Bajo la música del verso canta, grita y aulla la vida. Gracias, poeta amigo, por tu don de amistad y de belleza.

⁵Pág. 64. "Beso".

⁶Pág. 106. "Elegía".